

UN ENSUEÑO.- BIOGRAFÍA

Eugenio Gil y Carrasco¹

Si el sueño es un reflejo de la muerte, ¿cómo dudar que algo debe haber más allá de la tumba, cuando también durmiendo sentimos, gozamos y sufrimos?

I

El 9 de mayo de 1848, una cruel pesadumbre rompió el más fuerte de los lazos que por entonces me ligaban a la vida. Como en las cinco o seis noches que precedieron a mi desgracia, apenas se habían cerrado mis párpados un solo instante, el insomnio y el dolor de una pérdida que yo creía irreparable, me produjeron uno de esos accesos de fiebre, bajo cuya influencia el pensamiento recorre los espacios del delirio, a la manera de una leve pluma arrebatada por un huracán impetuoso.

Horribles pesadillas me asaltaron. Créime lanzado a los aires por una mano invisible y poderosa, formando séquito fúnebre en torno mío grupos de fantásticas figuras con pálidos semblantes bañados en lágrimas, que una tras otra venían a sacudir sobre mi frente, cayendo en ella como plomo derretido. Las fibras de mi cerebro, ya excitadas por la calentura, latían aceleradamente con estremecimientos convulsivos, ora contrayéndose como las cuerdas de un arpa a la acción del fuego, ora dilatándose cual si fueran a romperse, y ambas transiciones me causaban dolores tan intensos, que sin perder la razón o la existencia no siempre podrían soportarse.

Por un supremo esfuerzo de mi delirante imaginación, tal vez debido a la misma intensidad del sufrimiento, logré adelantarme hasta perder de vista los fantasmas que antes me asediaban, aturdiéndome con espantosos alaridos. El cielo, que había aparecido sobre mi cabeza cubierto de lóbregas nubes, pesadas para ella como enormes montañas, fue recobrando de pronto toda la pureza de su éter y ostentando en profusión infinita sus

¹ Este ingenioso escrito, con las tres poesías que siguen, fue impreso en León por la viuda é hijos de Miñón, en 1855, en un folleto de 26 páginas, en 4º. Las notas señaladas con letras, son del colector; del autor de la biografía, las restantes. Quizá se repare en la forma algo hiperbólica y extraña de ésta; pero las buenas dotes literarias que denota, el interés que le da la circunstancia de ser obra de una persona tan allegada al autor, y la consideración de que tratándose de un poeta romántico, no deja de tener sus razones de congruencia el presentar el relato de su vida en forma romántica, creemos que basten para justificar su reimpresión en el lugar que aquí le damos. [Nota de Gumersindo Laverde, al incluir este texto en la 1ª edición de *Poesías Líricas*, en 1873].



brillantes luminarias. Era aquello un océano sin fin de azul y fuego, y ¡cosa extraña! a pesar del vivísimo resplandor de las estrellas, cuyos discos se habían más que centuplicado a mis ojos, fijábanse en ellas ávidos de luz, como pudiera clavar los suyos en el faro de cercano puerto un marinero próximo al naufragio.

Así seguí en mi delirio hendiendo rápido el espacio, no sé por cuanto tiempo; recuerdo solamente que si alguna vez descendía mi mirada hacia la tierra, se me presentaba como un pequeño punto negro, formando rudo contraste con los infinitos mundos iluminados que sobre mi frente giraban. ¡Éxtasis delicioso después de la pasada agonía! ¡Éxtasis que súbito interrumpió una voz venida de las alturas, mandándome bajar de nuevo a la oscura mansión que había abandonado!

II

Heme aquí por encanto de mi ensueño en el cementerio de la parroquia católica de Berlín, llamada santa Eduvigis. Heme aquí arrodillado ante un modesto, pero elegante sepulcro, rodeado de flores, y ostentando una cruz de hierro con los extremos dorados y, en su bajorrelieve, un ángel en actitud llorosa. ¿Qué restos inanimados encierra esa tumba cuya propiedad está asegurada por cien años? ¿Qué mano generosa levantó en ella el signo de nuestra redención y plantó esas flores?² Leamos.

Á Don Enrique Gil y Carrasco
Fallecido En Berlín
El 22 de Febrero de 1846,
su amigo
José De Urbistondo

Ahogada con los sollozos, barbotaba mi garganta estas palabras, al paso que dos hilos de lágrimas caían sobre la funeraria losa. Una y mil veces estampé en ella mis labios; una y mil veces lancé a la soledad de que me veía rodeado tremendos gritos llamando al hermano que allí dormía el profundo sueño de la muerte; y Dios sin duda hubo de tener piedad, pues que, de pronto, un hondo suspiro respondió a mis ayes.

¡Era él! ¡Ay! ¿Qué digo? Sus hundidos ojos no reflejaban ya el azul de los cielos: lirios reemplazaban las rosas de otro tiempo, y en su dilatada frente, espejo en vida del alma más noble y generosa, leíase el triste epílogo de una historia escrita con lágrimas sobre su corazón, en que aún seguía fija la descarnada mano como se le encontró después de muerto!

Quise, loco de dolor, precipitarme en sus brazos; pero un ademán de silencio me contuvo enclavado al pie de la cruz, y con voz solemne y triste me dijo:

—¡Cielo santo! ¡Qué desesperación, qué gritos tan desgarradores turban el reposo de los muertos! Y ¿eres tú, hermano, quien los exhala; tú, que al descender de esa resplandeciente bóveda, debías comprender que el que sobre ella fija su planta no puede ser llorado?

—Bien sé, le respondí, que la vida de los ángeles gozabas, cuando con las manos en cruz,

² El conocido escritor D. Fernando de la Vera completó la obra de amistad del Sr. Urbistondo, hallándose de secretario de la legación de España en aquella capital. La familia de Enrique Gil bendice esos dos nombres. rinde aquí un público testimonio de gratitud hacia los señores conde de Adanero, Sierra Pambley, del Bosque y Álvarez Quiñones, que probaron ser generosos amigos de aquel infortunado joven, aun después de su muerte.



los ojos yertos, cadáver te trajeron a este sepulcro: bien sé que en el mundo eras un peregrino fatigado, un moribundo cisne sin lagos en él donde posar tu vuelo; y sin embargo, corren mis lágrimas al ver que tus restos descansan en tierra extraña; al ver la soledad en que los tuyos hemos quedado con perderte; al ver destruidas la fe del corazón, sus esperanzas más dulces y la ventura de nuestra madre.

—Óyeme, pues; que no en balde permite Dios que el espíritu torne otra vez a su antigua cárcel. Hablaré contigo y calmaré tu pena; pero antes verás en sus principales fases mi tránsito por este enlutado valle, que tú vas atravesando, para llegar pronto también a sus confines. He aquí este cristal de una óptica santa, misteriosa, que el Señor te entrega por mi mano ¡pobre alma enferma! Mira por él y dime lo que a tus ojos vaya presentándose.

III

—Estoy viendo una población, situada casi en los confines occidentales de la provincia de León. Es Villafranca del Bierzo, y en el templo de santa Catalina imprimen ahora en la frente de un hermoso niño el primer sacramento de nuestra religión. Ha nacido dos días antes, el 15 de Julio de 1815 y su nombre es el tuyo³.

—Prosigue.

—Nueve años han pasado, y en este momento te veo en Ponferrada⁴, a las márgenes del Sil, arrojando ramos de madreSelva en su corriente. Nuestros padres vienen a tu encuentro con la sonrisa en los labios, y tú, loco de alegría, corres a sus brazos. ¡Qué cuadro de felicidad tan seductora! ¡Cuán en armonía con el sublime panorama que Dios desenvuelve ante mi vista! Nubes de púrpura y nácar extienden un velo vaporoso sobre el sol de occidente: en imponentes masas se elevan los torreones y murallas del castillo del Temple, donde profesó tu Señor de Bembibre: el río de las ondas claras y las arenas de oro se desliza en sonoro curso lamiendo la áspera falda, sobre cuya cresta tiene sus cimientos la ruinosa fortaleza: (una coma, porque rige todo el gerundio "lamiendo") los verdes almendros mecidos por la brisa, las colinas de viñedo coronadas, los montes Pajariel y Castro, gigantes y silenciosos centinelas de la villa, las tres riberas de frondosas huertas plantadas de frutales en que multitud de ruiseñores interrumpen el silencio de las noches de Mayo y Junio con sus inimitables cantos; y en último término, la cordillera de montañas que circundan el Bierzo; todo esto veo. ¡Oh, gracias, hermano mío; que también en ese delicioso vergel se arrulló mi infancia después que la tuya!

—¿Cómo no aparecer alfombrado de azucenas el camino que me ves ir siguiendo? Pero ¡bramará la tempestad, las lágrimas caerán sobre las tristes flores, y heridas de muerte quedarán!... Continúa, hermano.

—El crepúsculo de la niñez te envuelve entre sus sombras. ¿Dónde estás? ¡Ah! ya acierto: en el pórtico del silencioso monasterio de Espinareda⁵. Los religiosos benedictinos mezclados con los novicios y colegiales se agrupan en torno tuyo. ¡Cómo te abrazan! ¡Cómo lloran contigo al despedirte! No te aflijas, hermano, que ese culto de cariño que abandonas, tendrás en todas partes.

³ Fueron sus padres D. Juan Gil y dona Manuela Carrasco, de honrado linaje y medianamente acomodados de bienes de fortuna.

⁴ Allí comenzó y acabó sus estudios de latinidad con los Padres Agustinos.

⁵ En este monasterio estuvo de alumno interno y principió los estudios de filosofía que terminó dos años después (1831) en el seminario conciliar de Astorga.



La sombría ciudad de Astorga va pasando por esta óptica con su antigua catedral, bajo cuyas bóvedas nuestras oraciones de la niñez se elevaron al cielo algunas veces. También te veo en su seminario con la beca y ropón de colegial. La escena cambia, pues en este momento paseas por los claustros de la universidad de Valladolid⁶; pero ¡ay hermano mío! o este cristal se empaña, o la tempestad de que antes hablabas ha descargado ya, según es melancólica la nube que oscurece tu frente.

¡Lo último era verdad! Has llegado a Madrid; pero ¡cuán solo, cuán triste y desconocido! Quince meses de nuevas angustias, después de seis años de lágrimas, han desarrollado en tu generoso, impresionable corazón, el germen de la melancolía que será hasta la muerte el distintivo de tu carácter pensador y profundo. Si Dios no te envía una gota de rocío, ¿qué será de ti, pobre lirio de veintiún años?

¡El milagro se ha obrado! *La Gota de rocío*⁷ ¡ha caído del cielo para cambiar la oscura faz de tu vida! Es el primer canto de un joven ruiseñor, fresco como las hojas que cubren su nido, dulce como el susurro de la fuente en que su sed apaga: es el símbolo misterioso de tu existencia, el prólogo de un poema de amor. Veo en tu redor multitud de personas notables que te felicitan como poeta de esperanzas. ¡Con qué gratitud fijas tu mirada en Espronceda, que te sacó de las tinieblas del desierto! ¡Con qué cariño en Pino y Ulloa, esos dos tiernos amigos que tantas veces mitigaron tus pesares!

¿Por qué has vuelto a los campos de tu niñez, pobre ruiseñor del Vierzo? ¿Será que el hijo va a despedirse para siempre de su madre? ¡Ay! El ángel de la muerte ha debido darte el primer aviso, porque en tu rostro distingo la profunda y reciente huella de una enfermedad gravísima; pero las auras del otoño reaniman tu sangre; la Primavera de 1840 completa la obra, y tres años más tarde brotará de tu pluma *El Señor de Bembibre*⁸; noble y melancólica figura sobre un fondo de lágrimas que un ángel va derramando en su corta peregrinación!

¡Cuán rudo golpe descarga ahora sobre tu corazón la suerte! ¡Espronceda acaba de morir!⁹ Las tumbas del cementerio de San Sebastian repiten en apagados ecos los ayes de tu pecho desgarrado. El águila hermosa remontó su vuelo para esperarte más alta que el sol: ¿cuánto tiempo te aguardará?

Hemos llegado al 20 de mayo de 1844. En la rada de Barcelona veo el *Fenicio*, elegante vapor francés de la carrera del Mediterráneo, pronto a hacerse a la mar para Marsella. Sobre cubierta te diviso en un religioso y profundo arrobamiento, clavados los ojos en aquella población, la última que miras de tu patria. ¡Ay! ¿Adónde vas, hermano mío? Vuelve a esa playa que abandonas. ¡Mira que ese buque es para ti la barca de la Laguna Estigia: mira que los hielos del Norte dejarán frío tu corazón antes que pasen dos años! ¡Oye, en nombre de Dios, la voz de tus amigos que te disuaden de tan funesto viaje! Noble es la misión que

⁶ En esta universidad empezó la carrera de leyes; pero desgracias imprevistas pusieron repetidos estorbos a la prosecución de sus estudios, al paso que disminuyeron considerablemente las facultades de su familia. Por fin, los terminó en Madrid, recibiendo de abogado en 1839.

⁷ Alude a la poesía de este título, inserta en *El Español* del 17 de diciembre de 1857, por la cual Enrique Gil empezó a ser conocido y apreciado en los círculos literarios. Sucesivamente dio a luz en *el Semanario pintoresco*, *El Piloto*, *La Legalidad*, *El Liceo*, *El Entreacto*, *El Iris*, y principalmente en *El Correo nacional*, casi todas las que forman la presente colección. Escribió también gran número de artículos de crítica literaria, costumbres, viajes, etc., en *El Correo nacional*, *Semanario pintoresco*, *El Pensamiento*, *El Laberinto* y *El Sol*.

⁸ Esta interesante novela fue publicada en la *Biblioteca popular Mellado*.

⁹ El día 23 de mayo de 1841.



llevas a Alemania¹⁰; pero ¡ay! la muerte se interpondrá en tu camino y entonces ¿qué será de tu anciana madre y de sus hijos? ¡Inútil suplicar! ¡Escrito está que el sol que en Weimar la tumba de Schiller ilumina, ha de alumbrar en Berlín la tuya!

Como arrebatadas por un furioso torbellino pasan ante mi vista las ciudades que tú vas recorriendo con la de un viajero observador y profundo, cuanto lo permite el apresuramiento de tu marcha. Francia, Bélgica, Holanda, las orillas del Rhin y parte de Alemania me presentan sus más notables poblaciones... ¡Dios de misericordia! ¡He aquí el término de tu viaje, pobre peregrino! Ya has llegado a Berlín.

Extranjero, pero confiando en la Providencia y en tus propias fuerzas, entras en esa gran capital donde nadie te conoce, el 24 de Setiembre. A los pocos días, sin embargo, tu nombre se pronunciará en todos los círculos distinguidos, porque ese venerable anciano que ahora estrecha tu mano entre las suyas, el famoso barón de Humboldt será para ti un segundo padre. El marqués de Dalmacia, embajador de Francia y el conde de Montseny su secretario, pronto tu íntimo amigo, te prodigan distinciones, y a su ejemplo los demás individuos del cuerpo diplomático. Ya ha cesado de todo punto tu soledad, pues en este momento un consejero íntimo del rey Federico Guillermo viene a invitarte oficialmente para el festín regio con que S. M. solemniza la exposición de las artes e industria que se verifica en la capital de su monarquía.

Son las dos de la tarde del 6 de octubre. En un convoy especial del camino de hierro de Potsdam veo ir entrando, mezclados con extranjeros de distinción, los hombres más notables de la Prusia, por su cuna, por sus riquezas, por su talento en las artes y en las ciencias. Al llegar a Potsdam recibe a la comitiva otro convoy de sesenta carruajes, tirados por soberbios caballos, que en doble fila arrancan hacia el parque y bosques de Sans-Souci. Lo pausado y silencioso del movimiento por las calles enarenadas, los trajes de los convidados, todos de negro y con corbatas blancas, realzan la originalidad del cuadro en medio de esos sitios sembrados de magníficos lagos, de hermosas quintas, de fuentes, collados y admirables arboledas, que convierten esa Real mansión en la más real que la imaginación puede crearse. después de dos horas de marcha por largos rodeos y anochecido ya, el brillante séquito se detiene al frente del palacio de Sans Souci, que, iluminado interiormente con infinidad de arañas y candelabros, arroja bastante luz para verte bajar ahora de uno de los coches. Todo el mundo penetra en un vasto salón de la planta baja del alcázar, donde es servido el té con profusión de dulces y ramilletes de diversas clases. El Rey se presenta al lado de su augusta esposa, seguido de los príncipes, y juntos dan la vuelta a la sala, hallando para todos una sonrisa o una palabra lisonjera: la fisonomía del Rey (coma) inteligente y benévola respira satisfacción al verse objeto de veneración y amor por parte de los concurrentes: (punto y coma?) la de la Reina, a pesar de sus padecimientos, tiene una expresión que la realza, y revela tesoros de angélica dulzura.

Después de esta pausada vuelta, comienza la ópera cantada por la compañía de Berlín, que nada notable ofrece, sino los trajes de las damas de la corte, brillantes algunos por su riqueza y buen gusto. La Reina y la Princesa Real, que cautiva la atención aún más por sus gracias que por sus adornos, ocupan el primer banco que el monarca les ha cedido con noble galantería, colocándose en el segundo. Ni un viva, ni una voz se oyen; pero cuando S. M. entra o sale, todos los circunstantes se ponen en pié con el mayor respeto y en silencio profundo.

¹⁰ Véase documento al final de esta biografía.



La concurrencia pasa al salón de la cena, donde la mesa del Rey y de la real familia ocupa el centro. A ella son admitidas algunas personas, entre otras, lord Palmerston y su esposa: los demás toman asiento indistintamente en las que se ven alrededor de la cámara. La cena concluye, y Federico Guillermo, la Reina, los Príncipes y Princesas con más despacio que la vez primera recorren nuevamente el numeroso cuadro de sus convidados, dirigiéndoles palabras de bondad. Los ministros del Interior y de la Guerra se acercan contigo al príncipe de Witgenstein, íntimo amigo del difunto monarca, para que te presente a S. M. en concepto de literato; pero no habiéndose ofrecido ocasión oportuna, se aplaza tan señalada honra para otro día¹¹. El salón va quedando desierto, y los que hace un momento lo poblaban, (no separar sujeto de verbo) regresan a Berlín después de media noche en el mismo orden que de allí salieron.

Desnudos de verdor comienza a mostrar sus árboles el Thiergarten: marchitas las hojas se arrastran por el suelo a impulso de los vientos septentrionales que anuncian la llegada del invierno. A pesar de sus rigores y del profundo estudio a que consagras las horas, tu salud no se ha alterado todavía. ¿Permitirá la misericordia de Dios que la planta del Mediodía se aclimate entre las nieves del Septentrión? ¿Escuchará los ardientes votos que por tu existencia van derechos a su trono? Esta esperanza debiera alentar mi pecho, y sin embargo, ¿por qué me parecen tan tristes las galas de esa nueva primavera? ¿Por qué los perfumes que deben exhalar esas flores que estoy viendo, no llegan hasta mí, ni los rayos de ese sol que las vivifica, penetran en las tinieblas de mi corazón? Las flores se agostan: las mieses de los campos van adquiriendo su color dorado y pronto caerán bajo la hoz del segador, como las generaciones de la tierra vienen cayendo una tras otra bajo la guadaña de la muerte.

¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! Ella te escoge ahora por blanco de sus tiros! Un torrente de sangre brota de tu pecho y enrojece tus descoloridos labios. ¡Qué horrible sepulcral silencio reina en ese aposento del dolor, interrumpido únicamente por tu respiración anhelosa! He aquí el segundo aviso del ángel de los sepulcros, y de esta vez ¡ay de mí! no te salvarán las auras de la Silesia, adonde acabas de llegar con el germen de una enfermedad incurable. ¡Oh cuán pronto las profecías de tu corazón¹² se cambiarán en espantosa realidad!

Un segundo ataque, más terrible que el primero, te postra nuevamente moribundo. El doctor Welzel¹³ tiene que dejar sin sangre tus venas para prolongar algunos meses tu

¹¹ La presentación del autor de estas obras a las princesas de Prusia se verificó por el barón de Humboldt al poco tiempo, en un baile que dio el ministro de Negocios Extranjeros, barón de Bulow. La conversación giró en los diez o doce minutos de su duración, sobre España, el clima de Berlín y el viaje del autor. Algunas noches después, en otro concierto dado por el conde de Arnim, ministro del Interior, sus altezas reales se dignaron dirigirle la palabra algunas veces. Convidado a comer el día de Reyes del siguiente año por el príncipe Carlos de Prusia, llevó éste su bondad hasta el punto de convidar igualmente al marqués de Lucchesini como amigo del difunto Gil. En varias ocasiones obtuvo después la misma honra.

¹² Véase lo que decía en el artículo primero de su Bosquejo de un viaje a una provincia del interior, inserto en El Sol, correspondiente al 2 de Febrero de 1843: «Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará a una playa extranjera dentro de poco; tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma. El tiempo y las cosas pasan como las hojas de los árboles, sin que para ellos haya primavera vivificadora. ¡Extraña manía la del pobre entendimiento humano, que a toda costa quiere dejar estampada su huella en la arena movediza de su camino!»

Ocho años antes de su muerte ya había simbolizado la alegoría del cisne en algunas de sus poesías.

¹³ He aquí la traducción de la última carta que con tal motivo escribió al íntimo amigo del enfermo.

«Al Sr. D. Joaquín del Pino, el doctor Carlos Welzel, médico de los baños de Reinerz. Nuestro amigo Enrique Gil, de cuyo estado enteré a usted en mis cartas del 6 y del 15 de este mes, salió de aquí para Berlín el



existencia. La voz de tu próximo fin se esparce por Reinerz, y multitud de personas desconocidas se agolpan a las puertas de tu casa para informarse de tu situación con interés profundo. En Berlín, en París y más allá de los Pirineos, tus amigos te lloran por muerto, para cambiar su aflicción en alegría al saber al poco tiempo que aún existes, si existir se llama llegar a la capital de Prusia en el deplorable estado en que te veo. La enfermedad hace rápidos progresos, y el médico de cámara del príncipe Carlos y el doctor Heim que te asisten con celoso esmero, reconocen la inutilidad de sus esfuerzos para salvarte. Tampoco para ti es un misterio ¡pobre hermano mío!, y no obstante, seis días antes de tu muerte escribes entre congojas profundas y con mano trémula a nuestra madre, ocultando la gravedad del mal é infundiéndole esperanzas que tú no abrigas. ¡Oh! ¡Hasta en el borde del sepulcro no se desmiente la sublime abnegación de tu alma...! El valor abandona a la mía para continuar mirando por este enlutado cristal, según se acerca la catástrofe. Deja que descansa, hermano mío, si no quieres verme morir a tus pies.

—Pues bien; yo concluiré por ti—respondió la sombra amada.

—Contados son los momentos que puedo permanecer a tu lado, y quiero que apures hasta la última gota del cáliz, para que tu alma se eleve después sobre los dolores que aún habrás de atravesar.

—Cúmplase tu voluntad, hermano mío.

—En la mañana del 21 de febrero conocí que mis padecimientos tocaban a su término. Una terrible angustia me oprimía el pecho: los objetos todos, confusos é informes, se movían a mi rededor: en mis oídos resonaban incesantemente ecos de lúgubres campanas, y el cerebro trastornado con la próxima disolución de mi Ser, apenas podía coordinar una sola idea.

Aquella mañana vino como de costumbre a verme mi generoso amigo Urbistondo. Triste y en un silencio sepulcral pasó la hora que estuvo a mi cabecera: al marcharse estreché su mano como quien se despide para las desconocidas regiones de la muerte, y recuerdo que la convulsiva carcajada que entonces me arrancó el delirio, heló la sangre en el corazón del noble joven.

Las últimas sombras de la tarde fueron invadiendo mi triste y solitaria habitación, y los síntomas empezaron a declararse mortales en el más alto grado: a media noche hice entender por señas a mi leal From que rodase el lecho hasta el medio de la sala, pues cada vez me ahogaba más la falta de aire. ¡Dios mío! balbuceé: ¡bendita sea tu misericordia! He aquí los precursores de la agonía final; pero si *caro infirma, spiritus quidem promptus*¹⁴. De

día 18. ¡Oh dolor! Una hemoptisis pertinaz que recorriendo las cavernas pulmonares desarrolla y excita los tubérculos, siempre es un signo fatal y peligroso a la vida, aun cuando de una manera leve se reproduzca. Por esta y otras razones traté de impedir la salida del enfermo; pero temiendo el frío de nuestras montañas y llevado de su deseo de regresar a su otra patria (Berlín), no quiso permanecer aquí más tiempo. No en balde temo que fallezca en el viaje de otro ataque repentino, como sucede con frecuencia. Por lo demás, crónica ya su enfermedad y declarada tisis pulmonal sin duda alguna, es de todo punto incurable, y por consiguiente conviene ir preparando con prudencia a la madre del enfermo para su próxima muerte. ¡Quiera el cielo que al menos pueda llegar a Berlín el desgraciado!—Reinerz, reino de Prusia, provincia de Silesia, a 20 de Setiembre de 1845.»

¹⁴ “Si la carne es débil, el espíritu está dispuesto”, cita cambiado un versículo de San Marcos (14,38), cuando Pedro se duerme en el huerto de Getsemaní y Jesús le amonesta: “Velad y orad para que podáis hacer frente a la prueba; que el espíritu está bien dispuesto pero la carne es débil”. Espronceda incluye la cita en latín, “Spiritus quidem promptus est; caro vero infirma”, al comienzo de la cuarta parte de *El estudiante de Salamanca*, por lo que posiblemente era familiar a Gil. [N. del editor].



repente el pensamiento, rompiendo las redes que le envolvían y recobrando su postrer destello, a la manera de una antorcha que antes de apagarse despide más vivo resplandor, se lanzó hacia vosotros, o más bien vinisteis a su llamamiento, porque en torno de mi lecho de dolor se me figuró ver a nuestra madre contigo y sus tres hijas llorando de rodillas. Mis ojos estaban secos, pero el corazón también vertía lágrimas que se mezclaban a las vuestras; porque el alma, aunque ya en los umbrales de su patria, apegada todavía a las afecciones terrenales, sondeaba con inefable mirada el pasado y el porvenir de los seres sin ventura que venían a darme el último adiós ¡Ay! ¡Cuánto sufrí en aquellos momentos! ¿Qué iba a ser de la que me llevó en sus entrañas, muerto el hijo que tanto idolatraba? ¿Qué de aquellas criaturas huérfanas que compartían su desesperación? Vi que la indigencia amenazaba inexorable sus breves días, porque no hallarían compasión en sus semejantes, a pesar de haberse llamado amigos míos: vi la no lejana muerte de nuestra hermana mayor, mártir en su padecer, santa en su resignación, cuya vida hubiera podido prolongarse a no haber carecido de los cuidados que, por mezquinos, desprecian los nombrados poderosos de la tierra: vi el abandono de todos por doquiera y las lágrimas diarias de vuestros ojos que en vano intentarían enjugar algunas manos generosas. La lucha era demasiado cruel para que pudiera sostenerse muchas horas: recogí, pues, mis fuerzas moribundas para enviaros un beso de amor a cada uno: llevé la mano al corazón y en aquel instante el alma dejó de ser su compañera¹⁵.

Tú no podrías comprender, hermano mío, los goces del espíritu que desde el valle de las tinieblas y del llanto se lanza a las fuentes de luz, y de pronto se encuentra entre los escogidos del Señor, en medio de su gloria infinita, oyendo los himnos de amor y de ventura de los ángeles y recorriendo aquellos paraísos sin límites y embalsamados con el aliento de Dios; pero al saber que yo soy uno de esos bienaventurados, ¿te atreverás todavía a exhalar una queja sacrílega? ¿Podrán justificar tus lágrimas mi ausencia? ¡Oh! Bien haces en caer de rodillas sobre esta tumba, que pronto volverá a encerrar el cuerpo en que te habla mi espíritu: bien haces en implorar el perdón del Criador y agradecerle que yo haya bajado a rasgar los velos de tu entendimiento. Acabas de ver el cuadro sinóptico de mi primera existencia: ¡arroyo miserable y de aguas turbias que corrió presuroso a hundirse en el gran mar de la eternidad! ¡Y esto es lo que vosotros llamáis vida! ¡Reposar la cabeza en la almohada de la cuna, para dejarla caer en la del féretro después de un sueño más o menos largo, pero siempre corto! Alza del suelo, hermano, prosigue mirando hacia vuestro mundo: ¡vasto teatro decorado con las ruinas del paraíso, en que, desde la caída del primer hombre, la humanidad representa sus miserias y dolores, sus deleznable alegrías, sus crímenes nefandos! Ya no verás sobre su faz más que un cadáver y el desamparo de los tuyos; pero no olvides que la mano del Redentor ha grabado en la bóveda del cielo estas palabras: Si tus hermanos te rechazan, ¿por qué lloras? Llegarás a mí purificado con tus sufrimientos y tuyo será el reino de mi Padre. ¡No olvides que las lágrimas de resignación caen en las flores que arriba nos esperan, como en las flores de aquí abajo cae el rocío de los cielos! Y ahora continúa, que ya te escucho.

—Tu cadáver es en efecto lo primero que a mi vista se aparece: tu cadáver, que después de tres días conducen en este momento al cementerio católico en que nos hallamos. Varios coches del cuerpo diplomático y de algunas personas distinguidas siguen el convoy fúnebre, mientras en la casa mortuoria se hallan el barón de Humboldt, el mayordomo del príncipe

¹⁵ Eran las siete de la mañana del domingo 22 de febrero de 1846.



Carlos de Prusia, el banquero Mendelsohn y el ministro del Brasil. Las últimas lágrimas de tus amigos Urbistondo y D. Mateo Ballenilla, oficial de la república de Venezuela, caen sobre tu rostro helado. ¡Ay de mí! También yo miro por la vez postrera esas facciones dulces, melancólicas, que nada se han alterado durante esos tres días. ¡Oh desventura! ¿Qué queda en la tierra de tantas esperanzas, de tan rica juventud? ¡Un sepulcro a cuatrocientas leguas de tu cuna!

Un empleado civil del gobierno prusiano y el canciller de la Embajada de Francia han extendido el acta de tu fallecimiento, autorizándola como testigos Urbistondo y Ballenilla. Los sellos se ponen en seguida sobre todos tus efectos: ¡reliquias preciosas que los tuyos no llevarán nunca a sus labios, porque la Providencia ha decretado que el dolor sea completo! Dos mil setecientos cuarenta y un francos importan las deudas liquidadas por gastos de tu enfermedad, entierro, derechos de justicia¹⁶ y otros varios, y como tus créditos no alcanzan a cubrirlos, justo es que judicialmente se vendan en pública subasta y a precio ínfimo tus ropas, tus libros, los muebles de tu casa, para que el decoro del nombre español no padezca. Pero ¡ay pobre hermano! Todo ello no alcanza aún para pagar a tus acreedores, y es preciso que a los ocho meses de tu muerte, el Embajador de España en París París se obligue a hacerlo en nombre del gobierno, si no han de correr la misma suerte la medalla de oro que debiste al rey de Prusia y otras alhajas de corto valor. ¡Oh! ¡Gracias, gracias, ministros de mi patria, por haberlas salvado del naufragio! Verdad es que llegará el día en que haya necesidad de ofrecer esas mismas alhajas¹⁷: los acreedores no hicieron más que mudar de nombre, y el tesoro de España, para salir de sus apuros, reclamará los tres mil cuatrocientos doce reales que anticipó generosamente¹⁸; pero siquiera no volverán los extranjeros a admirarse con el espectáculo de una almoneda española, y aun cuando la desvalida anciana que más adelante se acercará a pedir una limosna, tuviera que desprenderse de aquellos recuerdos, no os maldeciría por eso. ¡Una madre tiene bastantes con los de su propio corazón!

IV

¿Por qué da la vuelta este cristal por sí mismo, hermano mío? ¡Ah! ya comprendo: este lado representa sin duda el porvenir de tu familia. Más de cuatrocientas leguas me apartan de tu sepulcro apenas cerrado todavía, y con planta vacilante recorro de nuevo los sitios en que se meció tu cuna. Allí está la Aguiana, desde cuyo elevado pico tu vista de águila desentrañaba un tiempo las bellezas del país que domina: allí la fértil ribera de Bembibre, el lago de Carucedo con sus tranquilas aguas, el Sil con sus bulliciosas ondas y la gradería de frondosos sotos que arrancan de Corullón hasta la cumbre del monte... ¡Oh cuán desolados y tristes debieron parecer a María los campos de Jerusalén después que Jesús hubo dado su último suspiro en la cruz de redención! ¡Tristes se fijan también los ojos de una madre en

¹⁶ En la liquidación remitida por la Legación de Francia al ministerio de Negocios Extranjeros figura una partida de 737 francos por gastos de justicia; efecto, sin duda, de la competencia suscitada entre aquella y el Tribunal prusiano, y de los procedimientos a que dio lugar el abandono en que se dejó la testamentaria de aquel joven por espacio de ocho meses con sorpresa de sus numerosos amigos en aquella corte. ¡Fatal estrella la de algunas familias, que aun al través de las nieblas del sepulcro, sigue alumbrando sus pasos por los más ásperos senderos de la suerte!

¹⁷ Histórico.

¹⁸ Amargas palabras de un alma lacerada por el dolor. El Ministerio de Estado no reclamó nunca el reintegro de aquella cantidad.



esos campos del Vierzo adonde me trasporta esta óptica del cielo!

¿Quién es esa anciana que de rodillas ante la imagen de la Virgen de los Dolores está rezando el rosario de cada noche? ¿Por qué espira en la garganta su voz al querer articular un *Pater noster* y, a su acento, tembloroso por la emoción y los años, responden los ahogados sollozos de sus hijas arrodilladas a su lado? Es nuestra madre, Enrique, que reza por el descanso de tu alma; nuestras hermanas son, que lloran tu pérdida y su desamparo. Una de ellas, según pronosticaste, irá pronto a reunírsete en los cielos; pero a las demás aún les reserva el Omnipotente largas horas de lágrimas y privaciones.

He ahí a esa misma anciana, que obligada por la imperiosa ley del vivir, se acerca por segunda vez con el corazón partido al Congreso de los diputados, diciendo: *Si de algo valen los méritos del hijo que me robó la muerte, dadme un pedazo de pan, porque yo soy pobre y no tengo a quien volver los ojos: hacedme el bien que yo hacia a mis semejantes cuando Dios me daba medios para ello.* Magníficos discursos se pronuncian a tu memoria, hermano mío. Oigamos a uno de tus amigos, de ardiente corazón y sublime inteligencia:

«Muy breves palabras voy a decir al Congreso. Unido con vínculos de cordial amistad al distinguido cuanto malogrado joven D. Enrique Gil, y habiéndome hecho instancias para que apoye esta petición, así en el Congreso como cerca del Gobierno de S. M., me levanto a abogar por una causa afortunadamente bastante justa para no necesitar defensor. Según deberá constar de un documento de que no se hace mérito en el dictamen, hace ya dos años que la desgraciada madre de D. Enrique Gil presentó al Congreso otra petición igual a esta. Yo no tenía entonces el honor de ser diputado; pero recuerdo que fue calorosamente apoyada, y que esta idea fue acogida por la comisión y por el Congreso con visibles muestras de simpatía. Ni podía ser de otra manera, señores. Todos los hombres que han pertenecido a la generación literaria a que perteneció Enrique Gil, a esa generación que tiene dignos y nobles representantes en este sitio, han pronunciado alguna vez aquel nombre con encomio y alabanza. Yo no haré su elogio: baste decir que, nombrado por el Gobierno para desempeñar una comisión científica y literaria en Alemania, el rigor del clima y su constancia en el estudio le acarrearón una enfermedad que le condujo en breve tiempo al sepulcro, dejando en la orfandad a una madre anciana y pobre. ¿Y no es justo, señores, que a esta anciana le demos nosotros un pedazo del pan que ha perdido al perder a su hijo? Yo de mí sé decir que cuando se presenta un proyecto pidiendo una pensión para la madre o para la hija de un soldado que ha muerto en el campo de batalla, tengo una satisfacción en votar ese proyecto. Ahora bien, los hombres de la ciencia son también una especie de milicia que da gloria a su patria. El Sr. Gil era un noble soldado de esa noble milicia de la inteligencia, y ha muerto sirviendo a su país. No insistiré más. Estoy seguro que si esta cuestión pudiera presentarse bajo su verdadera forma, el Congreso la votaría por unanimidad. Pero ya que esto no pueda ser, desearía que algún individuo de la comisión se sirviera apoyar esta petición en el mismo sentido que he tenido el honor de hacerlo.»

«Pocas veces (se le contesta) la comisión ha tenido que sujetarse al reglamento con más disgusto que en la ocasión presente. Trátase de una recompensa merecida a la madre de un joven ilustre por sus talentos y por sus servicios, y la comisión, que no puede más que proponer resoluciones de puro trámite de las tres a que está limitada, ha adoptado la más satisfactoria, la que puede producir más resultado. El Congreso no puede entrar en actos de gobierno, ni conceder nada, si no viene por medio de un expediente promovido y sustanciado por el Gobierno. La comisión, pues, ha propuesto lo que creía más favorable, y



siente mucho que el reglamento no le permita proponer algo sobre el fondo de la cuestión.»

«Igual petición, señores, (añade otro de tus buenos amigos) fue hecha en la legislatura pasada, y los señores de aquellos bancos y de estos la apoyaron igualmente. D. Enrique Gil cuenta en unos y otros muchos apasionados. Era el apoyo y sostén de su familia: ella miraba en él su porvenir. El Gobierno le destinó de secretario de legación a la corte de Berlín, y aquel clima no le convenía; sin embargo, aceptó el cargo honroso que se le confería y en él sucumbió. ¿Negará el Ministerio la pensión que su familia desolada reclama? Seguramente que no; pensiones tan justas honran a los Congresos que las piden y a los ministros que las otorgan.»

«El señor ministro de Estado (replica uno de los consejeros de la corona) no se halla presente por estar indispueto: yo le transmitiré los votos del Congreso, y no dudo que, acogiéndolos como deben ser acogidos, propondrá la resolución conveniente.»

¡Oh ser bienaventurado! ¿Asoma a tus labios una sonrisa de amargura? ¿Conoces que esos arranques de un entusiasmo generoso, esas hermosas frases darán por resultado, como en la vez primera otras no menos bellas, una compasión estéril y pasajera? ¿Conoces que la promesa que acabamos de escuchar no pasará más allá del recinto en que se ha pronunciado y que en el camino de la caridad el hombre se cansa pronto? Pero ¡cuán injusto soy en quejarme de su abandono! Olvido que esa pensión de gracia sería una usurpación al Estado, harto pobre también para poder soportar tan inmenso sacrificio. ¿En qué méritos se fundaría por otra parte? Es cierto que tú, hermano mío, falleciste víctima de tu aplicación y del riguroso clima de Alemania; es cierto que tú preparaste en Berlín la opinión pública para el reconocimiento de mi Reina, destruyendo prevenciones desfavorables que abrigaban elevadas personas, augustas algunas de ellas, y aceleraste el ansiado día en que dos naciones abriesen recíprocamente las puertas a su industria y comercio; pero ¿son servicios bastantes para recompensa tan grande como se pide? Resérvense éstas para otros seres más dignos. No muy lejano contemplo el día en que mi triste patria se verá invadida por una epidemia devastadora: habrá entre sus víctimas hombres mártires, ante quienes yo inclino mi frente desde ahora con santo respeto: habrá otros que perecerán sin hacer abnegación de su vida. Unos y otros dejarán viudas, huérfanos, cuyo porvenir será preciso asegurar de una manera espléndida. ¡Ay! ¡Las migajas de ese pan que les alargará la patria, bastarían sin embargo para nuestra indigente madre! ¿No podrías, hermano mío, hacerme un hueco en tu sepulcro?

—Y ¿crees tú que en las tumbas de los amados del Señor caben acaso los que así se rebelan contra sus decretos? ¡Ay de ti, mísero hermano, si dejas que avasallen tu pensamiento los terrores de un infortunio pasajero! ¡Ay de ti, si no comprendes que las lágrimas aquí derramadas se convierten en cristalino río, por cuya apacible corriente boga el alma hasta los cielos! ¿Estarían estos tan poblados sin las catacumbas de Roma? ¡Los que tú acusas de inhumanos, son los sin ventura, que en la hora de su tránsito final no verán las blancas apariciones del bien! Compadéceles sin odiarles, porque al fin la Providencia que vela sobre el egoísmo de los hombres, no os ha negado el pan, de cada día hasta el presente, ni abrigo a vuestros cuerpos, ni un techo que de la intemperie os guarezca. Enmudezcan vuestros dolores ante el dolor futuro de un pueblo que Dios inscribe en el libro de los desastres expiatorios. ¡Ay! Tú lo has dicho: llegará por desgracia un día en que un azote cruel diezmará hasta por tercera vez los habitantes de tu patria: vendrá en pos otra guerra fratricida que regará con sangre los frutos de sus campos y acaso la mano del Eterno



derrumbará los tronos viejos para erigir otros nuevos¹⁹. Lloro, sí; pero lloro como el profeta la ruina de Jerusalén, y reconociendo tu obcecación, torna a la senda de que así te apartas. Prométeme ser resignado y fuerte en lo que vosotros llamáis desgracia y arriba nombramos fuente del bien; prométeme ser compasivo con el triste, generoso con quien te ofenda y humilde en las dichas que Dios pueda enviarte para probar tu corazón. Es tan fugaz vuestra vida, que sus dolores y alegrías ¿merecen acaso que aparte un solo instante el alma sus miradas de la patria que la espera? Yo volveré a bajar en tus noches de delirio para acabar de fortalecer la tuya; pero ahora es forzoso separarnos, porque la luz del alba se acerca. Ya oyes las campanas de Berlín que la anuncian, excepto las de santa Eduvigis que doblan a muerto. Adiós, pues, hermano mío. Yo, habitante de estas sombras en que te dejo, me despediría diciéndote: hasta dentro de unos años. Espíritu de las alturas, me alejo de ti diciéndote: hasta luego.

¡Ay! Extendí los brazos, porque la adorada visión desaparecía de mis ojos en serena ascensión a la morada del Eterno. Ya a una distancia inmensa, me pareció ver que un ángel en la primera infancia, radiante de felicidad, de hermosura y de inocencia, le salía al encuentro y le asía de la mano. Después ya no vi más, y caí de rodillas sobre el helado granito del sepulcro.

V

Había llegado el momento de despertar; mas fue para continuar creyéndome aún bajo el dominio del ensueño que en aquel instante terminaba. Las primeras vislumbres de la aurora penetraban en efecto por los cristales de los balcones: las campanas de San Martín de Salamanca anunciaban a los fieles con sus lenguas de bronce que en el templo iba a celebrarse misa de ángel, y una pobre madre sin hijos sollozaba convulsivamente a la cabecera de mi lecho. Aquellos sollozos profundos, desgarradores, me volvieron la conciencia de mi situación. Acababan de llevar de mi desierta casa el cadáver de un niño: ¡También se llamaba Enrique! ¡También en el cielo estaba!

¡Perdón, Dios mío, si a pesar de tu profético aviso, corrieron mis lágrimas nuevamente!

¹⁹ ¡Extraña profecía!

